

UNA TUMBA EN EL CEMENTERIO VIEJO

La tumba estaba cerca de la calle principal de la barriada de Pueblo Nuevo, en el cementerio donde todas las tumbas son viejas.

Quizá ésta era una excepción: la tumba, o al menos la lápida, era nueva. El hombre que estaba frente a ella, con la cabeza hundida sobre el pecho, parecía rezar. Con las manos unidas a la espalda, recibía de frente el vientecillo que venía del mar.

El cementerio Nuevo, por supuesto, es el viejo. Fue el camposanto barcelonés oficial del siglo diecinueve, antes de que se construyese el de Montjuïc, y lo pueblan estatuas de mujeres con el rostro alzado hacia las nubes, figuras arrodilladas junto a una llama y efigies de niños sin edad que desde el cielo aún rezan por nosotros. Frente a cada tumba, espera su oportunidad una pareja de gatos.

El hombre que rezaba ya no parecía tener ante sí ninguna oportunidad. Aún era joven —no debía de pasar de los cuarenta y cinco—, pero se le veía hundido, sin esperanzas, sin fuerza ni para limpiar el polvo de la lápida. En ésta, sobre el mármol blanco, descansaba un solo nombre de mujer: «Elisa.»

Pocos años antes, ésa había sido una tierra maldita, pese a ser el cementerio romántico de la ciudad. Junto a sus muros se alineaban las barracas, una cloaca inmundada

teñía el aire y, además, se oían perfectamente las descargas del cercano Campo de la Bota, donde los franquistas fusilaban a los eternos enemigos de España. De tanto enemigo muerto sólo quedaba un sencillo monumento, el recuerdo de un hijo y el chillido de una gaviota.

Ahora, en cambio, era tierra rica y llena de promesas. Al lado se había construido la Villa Olímpica, la Diagonal se prolongaba y se llenaba de oficinas para el señor Rockefeller y hoteles para el emir Said. También al lado había sido alzado un Fórum de las Culturas para que los barceloneses se durmieran durante los discursos o, al menos, viesan el mar.

Cualquier día alguien hablaría en serio de «optimizar» ese terreno, trasladar el cementerio, llevarse a los muertos y traer a los gerentes.

El hombre que parecía rezar ante la lápida no daba la impresión de pensar en nada de eso; para él no existía más que un pedazo de mármol, un nombre de mujer y el viento que le traía palabras nunca vueltas a pronunciar por nadie.

De pronto oyó un ruidito a su espalda. Creía estar solo en ese último rincón del cementerio, pero no era así. Un leve carraspeo le hizo volverse de espaldas a la tumba.

—Hola, Gabri —dijo la voz del hombre que acababa de llegar.

El hombre que acababa de llegar era el gerente del *Financial Times*, el modelo de ropa masculina de la revista *Man*, el amo del *Vogue*. Su ropa perfecta caía sobre un físico trabajado en los gimnasios y esculpido por masajistas, a pesar de que ese cuerpo cargaba ya con unos cincuenta años. Y quizá eran esos cincuenta años los que daban autoridad a su mirada, decisión a sus gestos, clase a cada puntada de su ropa.

Gabri, el hombre que parecía orar ante una lápida, musitó:

—Es asombroso verte por aquí, Conde.

—En el fondo no tiene nada de increíble. Me han dicho que vienes por aquí al menos un día a la semana, y yo te he buscado.

—¿Para qué?

—Para hablar. Me parece que éste es el único sitio donde de verdad podemos hablar a solas.

—¿Y qué tienes que decirme...?

Conde no respondió, sino que dio unos pasos por entre las tumbas, como observándolas. Era increíble, pensó Gabri, pero incluso en aquella tierra de los muertos Conde seguía pareciendo un modelo para los vivos. Su estatura, sus ropas, sus movimientos de hombre de salón eran envidiables, y seguramente las mujeres seguían cayendo a sus pies, como en otro tiempo. Pero Gabri notaba que algo había ido cambiando en sus ojos: no sólo tenía bolsas debajo de ellos y un par de manchitas hepáticas en un pómulo, sino que su mirada era distinta, y ahora no podía gustar a ninguna mujer sensible. Con la mirada, Conde parecía exigir a cualquier mujer que se desnudase, y encima marcando las fases él mismo. Eso a las damas no les gusta.

Pero ahora Conde no miraba a una mujer, miraba una lápida.

—Recuerdas mucho a Elisa... —comentó.

—Sí.

—Buen chico, Gabri.

—No soy un buen chico. Simplemente me parece que debo recuperar el tiempo.

—¿Por qué?... Ella no tiene prisa.

—Me refiero a que he estado ocho años sin poder visitar la tumba, y tú sabes por qué.

—La cárcel —susurró Conde. Y se encogió de hombros, como si pensara que, al fin y al cabo, todo tiene su precio y sus riesgos. Luego preguntó—: ¿Cuándo has salido?

—Hace un mes. Y ahora dime por qué has venido a hablarme a un sitio tan solitario como éste, Conde.

Conde miró la lápida por última vez y se abrochó la americana. Quizá pensaba que el vientecillo que venía del mar era demasiado fresco.

—Para pedirte una cosa, Gabri —dijo con voz suave—. Necesito pedirte que vuelvas a matar.